

El espíritu indestructible

Sobre la inmensa miseria física y moral en que se debate la Alemania de post-guerra, empieza a contar como paliativo una actividad artística a la que contribuyen con su aporte los mejores espíritus de aquel pueblo; es decir, los que resistieron sin contaminarse el ambiente de extrema degradación que mantuvo el nazismo en todos los campos de la cultura.

Hemos recibido una comunicación fechada en Berlín, de una de esas personalidades íntegras: Jenny Krause, la maestra de ejecutantes en el piano, entre cuyos esclarecidos discípulos se cuenta nuestro Claudio Arrau. El tono familiar de una carta que es simplemente la dirigida a un amigo, hace resaltar por encima de la enumeración de quebrantos y desfallecimientos, el vigor con que se recobra la vida del espíritu en esa región de la Europa en ruinas. Cuando después de una experiencia sin paralelo se guarda tanta avidez por lo que no perece, por sombríos que sean los horizontes actuales queda un íntimo refugio para la esperanza de un futuro que signifique la conquista de una paz verdadera.

El viejo escenario de la Ópera del Estado ha recogido en los pasados meses de Julio y Agosto algunas de las más significativas muestras del ballet contemporáneo, desde «Petrouchka» de Stravinsky y «Dafnis y Cloe» de Ravel a «Nobilissima Visione» de Hindemith. Gert Plimholm y Sibulle Werden encarnaron en este último ballet los papeles de San Francisco y La Visión, acreditándose como bailarines de un extremo dúctil técnica, dueños a la vez de una poderosa fuerza expresiva. Junto al acontecimiento representado por esta temporada de ballet, nuestra comunicante no encuentra otro de tanto relieve como la reaparición de Furtwängler al frente de la Orquesta Sinfónica de Berlín, en el Titania Palace. Al solo anuncio de los conciertos que iba a dirigir Furtwängler, una muchedumbre anhelante aumentó sus cotidianos sacrificios para soportar durante horas la espera, en colas interminables, de la venta de localidades. El día del primer concierto, las aposentaduras del teatro estaban repletas, así como los pasillos. El silencio que precedió al acorde inicial de la obertura «Egmont» de Beethoven, rayaba en la angustia. «Era un fenómeno en verdad extraño, un silencio como nunca he percibido ni en los tiempos de mayor fervor por la música. Algo como terror, fuerte y entrañado como el miedo, suspendía nuestros ánimos». Y el milagro se produjo. Limpia, diáfana, en toda su pureza fluía la música. Los seres habituados a vivir en catástrofe sin término; las almas socavadas por la ola de persecuciones y de crímenes que coronaron la obra funesta del hitlerismo; los amedrentados por una muerte tan generosamente repartida que hizo su presa por igual en justos e injustos; todos aquellos en quienes alguna vez vaciló el fundamento de las creencias más sólidas ante lo ciego e implacable de su destino, sentían renacer sin mancha la emoción de la música. «Se han destruido tantos valores sin los que uno no creía poder vivir, que lo indestructible de la música en este concierto adquirió un resplandor sagrado».

Muchas son las miserias acumuladas sobre el continente europeo por la guerra. De Francia, de Italia, de Austria, de todas y cada una de las naciones sacudidas por el más cruel de los conflictos bélicos, nos llegan abundantes testimonios de cuán grandes son los daños sufridos. El mayor sin duda es el de ese vacilar de los espíritus, esa agoniosa desorientación que de ellos continúa adueñándose y que arraiga a medida que una obra de auténtica justicia se retrasa o se merma por influjo de intereses subalternos. En el amargo trance por que pasan los viejos hogares de la cultura occidental, testimonios como el referido autorizan nuestras mejores esperanzas. Reconforta, en efecto, pensar que cuanto representan las figuras que labraron con su arte monumentos de belleza eterna, se mantiene vivo para quienes tanto precisan de ese aliento.

S. V.